

Las consecuencias de la falta de natalidad

La denatalidad conduce a un pueblo a la ruina. Un pueblo en que el número de los productores y de los consumidores decrece sin cesar, forzosamente es un pueblo que se empobrece, sobre todo cuando son los jóvenes los únicos que disminuyen, mientras que los viejos aumentan. No se puede escapar a las crisis de sobreproducción constantemente renovadas, cuando el número de hijos que consumen sin producir disminuye más aprisa que el número de adultos que producen más de lo que consumen.

No se puede evitar un paro cada vez mayor, si la proporción de las mujeres casadas sin hijos o con el hijo único va aumentando continuamente. Todas, o casi todas, quieren trabajar fuera del hogar, donde se aburren; entonces hacen la competencia a los hombres en el mercado del trabajo, y, pudiendo aceptar salarios menores, desplazan a los hombres, a los que privan del poder de ganarse el pan. «A los padres de familia, dice el Sr. Obispo de Jaén, les ha restado muchos días de trabajo el abuso de emplear mujeres en trabajos ajenos a su edad o a sus funciones domésticas. Sabido es que esto contribuye a aumentar el paro de los hombres, y, en último caso, sale perjudicada la economía nacional, que tanto debe interesar a todos».

En varias regiones de Europa, donde se ha extendido este azote de la denatalidad, se pudren

tierras y granjas abandonadas, pueblos en decadencia.

Las consecuencias financieras no son menos alarmantes. El entorpecimiento de la actividad económica, la disminución del número de contribuyentes reducen constantemente los recursos del Estado. Comprimir proporcionalmente sus gastos es imposible a no ser por desvalorizaciones sucesivas, que son verdaderas bancarrotas, que conducen a la ruina total. A un Estado así, por otra parte, nadie le querrá prestar: no se presta dinero a un condenado a muerte, a un pueblo que se suicida.

Las consecuencias sociales son las peores de todas. Los celibatarios que no pueden alegar ninguna excusa (no se habla, naturalmente, de los otros), los casados voluntariamente sin hijos, con frecuencia no tienen otra divisa que el placer. El matrimonio no es para ellos sino una asociación temporal de intereses y de placeres, y la inmoralidad se apodera de ellos a cada paso.

Mientras que la despoblación amenaza en su existencia misma al país y a la sociedad, a los cuales lo deben todo, ellos se abstienen por egoísmo y por menosprecio del interés social, de participar en la lucha contra este azote; su escepticismo quita a la nación la confianza en sí misma, todo entusiasmo. La multiplicación de los sin hijos voluntarios es para un país peor que la pobreza, peor que la derrota; es un suicidio moral.